

Repercusiones de la crisis actual en el trabajo

Antònia CERDA FIOL

Universitat de les Illes Balears

Parto de la idea de que el trabajo sigue siendo definidor central del ser humano. Para defender tal afirmación hay que describir sus dimensiones sociales. En primer lugar la palabra trabajo tiene una carga teórica llena de significación. Pero no podemos hablar de trabajo sin hablar de capitalismo. El capitalismo ha ido definiendo y perfilando el concepto de trabajo para poder crecer y expandirse. Igual ocurre con la hegemonización de las relaciones sociales de producción capitalistas que han marcado la movilidad de la fuerza de trabajo.

Tanto la lógica capitalista como el proceso de acumulación aparecen como algo perpetuamente expansionista y que, por lo tanto, huye constantemente del equilibrio condicionando la fuerza de trabajo a una movilidad constante. Esto es así porque el capitalismo tiene una tendencia crónica a las crisis de sobreacumulación. Según explica acertadamente Harvey (2007), la expansión de capital se da en primer lugar para paliar los excesos de acumulación o de fijación como capital orgánico (en mercancías, dinero o capacidad productiva) y, al mismo tiempo, de fuerza de trabajo cuando no se puede acoplar rentablemente para realizar tareas socialmente útiles. Se necesita encontrar formas rentables de inversión que puedan absorber el exceso de capital y, así, poder evitar la disminución potencial de la tasa de ganancia. Por tanto, una tentativa de solución al problema que genera el propio capital será la expansión geográfica y la reorganización espacial. La primera supone con frecuencia inversiones en infraestructuras materiales y sociales de larga duración: la producción y la reconfiguración de las relaciones espaciales resultantes proporcionan una potente palanca para mitigar, más que resolver, la tendencia a la aparición de la crisis. La lógica capitalista del imperialismo debe entenderse en el contexto de la búsqueda de

“soluciones espacio-temporales” al problema del exceso de capital: el ansia de la competencia empuja a los capitalistas a buscar ventajas en la estructura espacial desplazándose a los lugares donde los costes son más bajos o los impuestos al capital menores (o incluso primados), por tanto, una tasa potencial y circunstancial más alta. Por ello, el resultado final de la competencia es el monopolio, ya que los capitalistas lo ven como una salida para poder afianzar y proteger sus poderes. Por tanto, la tendencia al dinamismo espacial impulsada por la búsqueda competitiva de beneficio se ve contrarrestada por el establecimiento de poderes monopolistas en el espacio, de los cuáles surgen las prácticas imperialistas, y cuyas consecuencias son las desigualdades nacidas de la concentración de privilegios y poder en ciertos lugares más que en otros.

El capitalismo se caracteriza por ese incesante impulso hacia la reducción o eliminación de las barreras espaciales, junto con impulsos igualmente incesantes hacia la aceleración de la rotación del capital. La reducción en los costes y duración del movimiento se ha demostrado como una necesidad imperiosa del modo de producción capitalista. Pero esta fluidez del movimiento *sobre* el espacio implica que se fijen ciertas infraestructuras *en* el espacio. Esto es lo que David Harvey llama “regiones”, configuraciones relativamente estables que consiguen durante un tiempo un cierto grado de coherencia estructural en la producción, distribución, intercambio y consumo, luego, los procesos moleculares de la acumulación de capital tienden a la producción de la “regionalidad”. Esta coherencia estructural va más allá de los intercambios económicos abarcando actitudes, valores culturales, creencias, vinculaciones religiosas y políticas siendo que en cada región se forman clases dominantes y alianzas de clase que confieren un carácter específico tanto a la actividad política como a la economía.

Pero lo fundamental es que en los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo surge necesaria e inevitablemente cierta lógica territorial de poder-regionalidad- informal, porosa, pero así y todo, identificable; la competencia interregional y la especialización en y entre esas economías regionales se convierten, por consiguiente, en un rasgo fundamental del funcionamiento del capitalismo; la regionalidad cristaliza, según su propia lógica, a partir de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo. A su debido tiempo las regiones así formadas llegan a desempeñar un papel crucial en las decisiones del cuerpo político del conjunto del Estado, definido únicamente por una lógica territorial. Pero el Estado que representa tendencialmente los intereses de ese mismo capitalismo no es inocente ni pasivo y trata de influir sobre esa dinámica mediante determinadas políticas e iniciativas. La organización del Estado y el surgimiento de la constitucionalidad burguesa han sido, pues, características cruciales de la larga geografía histórica del capitalismo. Los procesos moleculares de acumulación de capital pueden crear y crean sus propias redes y marcos espaciales de diversas formas, utilizando como vehículo las relaciones de parentesco, los vínculos religiosos o étnicos, la simbología, categorías, aceptación y naturalización del estado de cosas en intrincadas redes espaciales de actividad capitalista que operan independientemente de los marcos o poderes estatales. Es, precisamente, lo que Gramsci (1979) denomina “sociedad civil”. Aún así, para la actividad capitalista es preferible un Estado burgués en el que estén legalmente garantizadas las instituciones de mercado y las reglas contractuales (incluidas las del trabajo) y en el que existan marcos de regulación capaces de atenuar los conflictos de clase y de ejercer un arbitraje entre las aspiraciones de diferentes fracciones del capital (por ejemplo, entre los intereses mercantiles, financieros, industriales, agrarios y rentistas). Para facilitar la actividad empresarial también se deben diseñar políticas que regulen la seguridad de la oferta monetaria, el comercio exterior y las relaciones internacionales. El Estado ha sido desde hace

mucho tiempo y continúa siendo, el agente fundamental de la dinámica capitalista global. Si bien los Estados no son los únicos agentes territoriales importantes, no se puedan pasar por alto las agrupaciones de Estados, ni entidades subestatales como los gobiernos regionales y regiones metropolitanas.

Como hemos visto, las soluciones espacio-temporales pueden absorber el exceso de capital y de fuerza de trabajo: una solución a corto plazo para las crisis de sobreacumulación. El capitalismo sobrevive, pues, no sólo mediante una serie de soluciones espacio-temporales que absorben el exceso de capital de modos productivos y constructivos, sino también mediante la devaluación y destrucción administrada como correctivo a lo que se suele calificar como despilfarro presupuestario de quienes se endeudan. El aspecto siniestro y destructivo de las soluciones espacio-temporales al problema de la sobreacumulación aparece así como un elemento tan decisivo en la geografía histórica del capitalismo como su contrapartida creativa en la construcción de un nuevo entorno para ajustarse tanto a la acumulación incesante de capital como a la acumulación incesante de poder político. El complejo de dispositivos institucionales que ahora vehiculan los flujos de capital por todo el mundo debe servir para mantener y apoyar la reproducción ampliada, a fin de contrarrestar cualquier tendencia hacia la crisis y de afrontar seriamente el problema de la reducción de la pobreza. Pero, si falla, se puede tratar de acumular por otros medios, y la guerra es uno en principio eficaz, contundente y frecuente

Pero no exclusivo, otra solución que propone Harvey (2007) al problema de la sobreacumulación es la acumulación por desposesión. Lo que posibilita la acumulación por desposesión es la liberación de un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo (y en algunos casos nulo). El capital sobreacumulado puede apoderarse de tales activos y llevarlos inmediatamente a un uso rentable. Durante los últimos años, la privatización ha abierto igualmente vastas áreas en las que puede introducirse el capital sobreacumulado. El mismo objetivo puede lograrse, no obstante, mediante la devaluación de los activos existentes de capital y fuerza de trabajo. El capital sobreacumulado puede entonces comprar a precios de saldo los bienes de capital devaluados y reciclarlos rentablemente; pero eso requiere una devaluación previa, lo que significa una crisis de cierta amplitud.

Las crisis regionales y las devaluaciones precisamente localizadas aparecen como mecanismos primordiales para la creación por el capitalismo de un “otro” del que nutrirse. El peligro es que tales crisis puedan descontrolarse y generalizarse. Una de las funciones principales de la intervención estatal y de las instituciones internacionales consiste en organizar las devaluaciones de forma que permitan la acumulación por desposesión sin provocar un colapso general; ésa es la finalidad de los programas de ajuste estructural administrados por el FMI. La acumulación por desposesión se agudizó cada vez más desde 1973, en parte para intentar compensar los problemas crónicos de sobreacumulación surgidos en la reproducción ampliada: el auge de la teoría neoliberal y su política de privatizaciones representaba precisamente esta transformación. A mediados de la década de los setenta, cuando se hizo patente la crisis de sobreacumulación, Margaret Thatcher y Reagan recurrieron a los *think-tanks* neoliberales en busca de inspiración y consejo, transformando toda la orientación de la actividad estatal, apartándola del Estado de Bienestar.

Con la privatización y liberalización del mercado como divisa, el movimiento neoliberal logró convertir en objetivo de la política estatal una nueva ronda de cercamiento de los bienes comunales. Los bienes públicos en poder del Estado fueron lanzados al mercado para que el capital sobreacumulado pudiera invertir en ellos, reformarlos y especular con ellos. Así se abrieron nuevas áreas de actividad rentable, y eso contribuyó a mitigar el problema de la sobreacumulación, al

menos durante un tiempo. Pero, una vez en movimiento, estas iniciativas suscitaron terribles presiones para hallar cada vez más áreas, en el propio país o en el extranjero, a las que poder aplicar la privatización. (Harvey, 2007, 125)

La privatización consiste en la transferencia de activos públicos productivos a empresas privadas. Entre estos activos productivos se encuentran los recursos naturales; tierra, bosques, agua, aire, y también los bienes de consumo del modelo redistributivo del welfare: sanidad y educación. Activos que posee el Estado en nombre del pueblo que representa, al que se los arrebatara para venderlos a empresas privadas creando un proceso de desposesión salvaje e insólito.

Hasta ahora hemos visto el funcionamiento del sistema capitalista, pero no hemos hablado del trabajo: el capitalismo implica la acumulación del capital, es decir trabajo acumulado; lo que no es sino la constatación de que, ya desde el principio, el trabajo queda sometido a la lógica de la eficacia y de la rentabilidad, convirtiéndolo en un simple medio y en una mercancía más. Pero, esencialmente el capitalismo necesita del trabajo para su reproducción y quien realiza el trabajo es el trabajador; un trabajador alienado, ya que la relación capital-trabajo requiere de esa alienación para su supervivencia. El capitalismo no es simplemente un sistema económico, desigual e injusto, sino un sistema marcado por contradicciones internas porque se basa en la propiedad privada y la apropiación masiva de trabajo no pagado bajo la forma de plusvalía; es también un sistema de dominación social en beneficio de las burguesías: proceso de máxima socialización histórica del proceso de trabajo junto con la extrema tendencia a la apropiación individual de su producto. Este fenómeno se ha dado de forma gradual y paulatina desde el capitalismo inmaduro hasta el capitalismo global, acompañada de un mercado laboral que abre o cierra sus puertas según los intereses de los que rigen las economías principales. Estas repercusiones socioeconómicas contribuyen a consolidar la división internacional del trabajo y comienzan a modificar algunos de sus términos.

Analicemos las fases del capitalismo, siguiendo el esquema de Andrés Piqueras (2007) y los cambios del trabajo.

La primera fase del capitalismo inmaduro (siglos XVI-XVII) se caracteriza por una acumulación primitiva de capital, la mercantilización de los bienes de prestigio, los recursos y la esclavitud y/o salarización forzosa de los seres humanos. Este proceso pone en evidencia la necesidad del capitalismo de recurrir a dispositivos extraeconómicos para garantizar el proceso de acumulación y la subsunción de la fuerza de trabajo.

Segunda fase: el capitalismo industrial o maduro de libre competencia (siglo XVII). Se caracteriza por la mercantilización de la fuerza de trabajo y la mercantilización de los medios de producción, de los bienes producidos y de los bienes comunitarios. El capital penetra en las vidas de los seres humanos, las oportunidades de vida dependen por entero de la dinámica productiva capitalista, quedando sometidas a su ley del valor. Es la subsunción del trabajo al capital.

En la tercera fase imperialista, o primera etapa del capitalismo monopolista de Estado (último tercio siglo XIX a 1945), surge la transformación del capitalismo de libre competencia en capitalismo monopolista, donde el Estado da garantía, por lo que respecta a las condiciones generales, de la reproducción ampliada del capital en la economía nacional y de la expansión económica exterior de los monopolios. El Estado deviene regulador social de la producción y de la distribución a escala “nacional”, convirtiéndose en una potencia financiera y de intervención económica más allá de sus funciones administrativas y

represivas. Todo ello conllevará un aumento acelerado de la concentración de la producción y de la propiedad a escala estatal. Mientras, aparece la organización científica del trabajo; la nueva economía del tiempo invade el mecanismo del conjunto de la producción social. Y como no podía ser de otra manera, las técnicas de organización del trabajo y los modelos económicos del crecimiento crearán una contribución propia en el trabajo. Esto es así porque las mutaciones introducidas en el proceso de trabajo por el taylorismo y el fordismo van a afectar a la acumulación del capital.

Las primeras prácticas del taylorismo consistieron la reducción de costos de fabricación y el incremento del ritmo de trabajo, lucha contra la organización obrera y, sobre todo, la indisciplina obrera, ayudándose para todo ello de la máquina.

La figura de obrero de oficio será reconvertida y será el encargado de la organización del trabajo y contratista de mano de obra; se trata de utilizar el oficio contra sí mismo empleando al hombre de oficio para vigilar y controlar el trabajo de los demás.

Aunque todavía no aparece una sumisión clara del obrero al capital, la lucha entre capital-trabajo avanza y con ella las estrategias de sumisión: recurren al hospicio, a la cárcel y al ejército. El sistema de control y vigilancia no sólo es un instrumento que se da en la fábrica sino que se generaliza en todas las estructuras e instituciones sociales. Para conseguir la sumisión del obrero al capital, Taylor y el “scientific management” tienen un objetivo: acabar con el oficio. Por un lado, el conocimiento y el control de los modos operatorios industriales son monopolio de la clase obrera, aunque aparezca fraccionado y serializado. Por otro lado, esta exclusividad hace ineliminable el control obrero de los tiempos de producción. Es una cuestión de relación de fuerzas y de saber. Según Taylor, si el saber reside en la clase obrera, entonces el desarrollo de la acumulación de capital está en sus manos y, por ende, la resistencia obrera se hace más fuerte: ya está en germen el aumento de la productividad y su único obstáculo es el obrero de oficio. La instauración de las nuevas normas del trabajo desestabilizará el antiguo equilibrio y la antigua relación de fuerzas en provecho del capital. Es un proceso de doble dimensión que afectará tanto al trabajo concreto (el valor de uso de las fuerzas de trabajo) como al trabajo abstracto (las condiciones de la formación de los valores de cambio).

La premisa en relación al trabajo concreto es la siguiente: la eliminación del control obrero no sólo debilita la resistencia de éste al que se niega la exclusividad en el saber, sino que también asegura, la integración de trabajadores no especializados, favoreciendo la relación de fuerza hacia al capital. Por lo que hace al trabajo abstracto se asegura un incremento de la productividad y, sobre todo, de la intensidad del trabajo, cosa que llevará al cambio en las condiciones sociales de la extracción del plustrabajo.

Será Henry Ford quien asegurará la aparición y la hegemonía de nuevas normas de productividad y de producción con la ayuda de la línea de montaje. La línea de montaje permite eliminar los tiempos muertos del taller y los convierte en trabajo productivo; todo ello a una velocidad regulada de manera autoritaria.

La diferencia, obviamente temporal, entre Taylor y Ford es que el primero es un teórico mientras Ford es un empresario que asegura la subdivisión del propio trabajo de ejecución, la *parcelación*. Pero esa *parcelación* sólo pudo darse gracias al maquinismo. Es más, la organización del trabajo en líneas da origen a otro tipo de comodidad: sobreañade al despotismo de la máquina un principio “panóptico” de vigilancia. Pero la línea de montaje no sólo transforma y modifica las relaciones de trabajo, sino también la escala de producción, la naturaleza de los productos y las condiciones de la formación de los costos de producción. El primer hecho que aparece en relación al trabajo concreto (valor de uso) es que la línea de

montaje ha asegurado la producción en serie de mercancías estandarizadas. El segundo hecho que aparece en relación al trabajo abstracto (valor de cambio) es que al incrementar el trabajo aparece la aceleración del ciclo del capital productivo.

Se consolida otra herramienta para contribuir a la lucha contra el oficio: el salario. Taylor ya hablaba del *salario justo*: la objetivación del salario se convierte en un instrumento de reproducción del trabajador. El nuevo uso del salario responde a unas funciones que necesita desempeñar para permitir el desarrollo del nuevo esquema de acumulación. La estrategia de Ford fue *el five dollars day*. Según Ford la subida de salario termina con la insubordinación obrera; pero no tan sólo eso: Ford se aseguró de saber en qué gastaban el dinero sus trabajadores y de convertirlos en máximos consumidores de los productos que fabricaban. Las condiciones para recibir este salario eran el buen uso del capital y en el taller se sancionaba salarialmente la ausencia o la falta de cuidado en el trabajo. El salario se convierte en un principio despótico que rige las condiciones de trabajo de los ejércitos de trabajadores que la sirven adquiriendo así también la función directa de disciplina y control.

La racionalización tayloriana- fordiana actúa como vector de transformación en la composición de la clase obrera, tanto dentro del taller como fuera. El dominio de estas nuevas normas, así como el cronómetro, dan origen a la forma moderna de la acumulación del capital: la producción en masa.

La producción en masa se conoce como el gran mecanismo de extracción del plusvalor, puesto que, a medida que la racionalización avanza la figura de explotación se convierte en una figura plana. El proceso de explotación tiende a uniformarse y homogeneizarse. La transformación que instaura la producción en masa es a partir de las normas nuevas- de trabajo, de producción y de consumo- y las condiciones concretas de su acumulación.

En este contexto se refuerza el imperialismo; la lucha entre Estados por la hegemonía mundial trae como consecuencia el desarrollo de la forma más agresiva del nacionalismo imperialista: el fascismo. El Estado-nación no proporciona por sí mismo una base coherente para el imperialismo, hecho que necesita el capitalismo; por eso, la solución fue movilizar el nacionalismo, el chovinismo, el patriotismo y el racismo hacia una dirección para ser asumida por los capitales nacionales. El racismo encontraba su lugar en las relaciones de producción. Para Wieviorka (2009) el racismo tal y como él lo observa en su propia sociedad, es producto del capitalismo y se inscribe en las relaciones de dominación, donde una clase superior, blanca, explota al proletariado negro. El racismo no estructura las relaciones capitalistas de producción, sino que más bien las acompaña, facilitando la sobreexplotación de los trabajadores inmigrantes.

Un sistema capitalista en expansión (...) necesita toda la fuerza de trabajo disponible, ya que en este trabajo disponible, ya que en ese trabajo el que produce los bienes de los cuales se extrae y acumula el capital. La expulsión del sistema no tiene mucho sentido. Pero si se quiere obtener el máximo de acumulación de capital es preciso reducir al mínimo simultáneamente los costes de producción (y por ende en los costes que genera la fuerza de trabajo) y los derivados de los problemas políticos, y por tanto reducir al mínimo simultáneamente - y no eliminar, ya que es imposible- las reivindicaciones de la fuerza de trabajo. El racismo es la fórmula mágica que favorece la consecución de ambos objetivos (...) (Wallerstein, 1991, 56)

En esta fase el trabajo es central dentro de la vida del individuo, es una forma de aprendizaje y de socialización; el trabajo es la norma moral que guía la conducta individual y el principal punto de vista desde el que el individuo observa, planifica y modela su proceso de vida en conjunto. La gente se define en términos de sus capacidades ocupacionales. El trabajo es el diseño social y el foco de conflictos, porque el puesto de trabajo funciona como vínculo de instrucción física y espiritual y de conducción de autonomía individual. El principal tema de discordia es la opresión misma. Pero después, el foco del conflicto, la cuestión del poder y el control se desplazan hacia el problema de la distribución de la plusvalía. Se debilita la posibilidad de hacer más simétricas las relaciones de poder. La reconciliación con una subordinación permanente dentro de la fábrica se obtiene a cambio de una mayor proporción en la distribución de la plusvalía; un conflicto de poder que fue progresivamente adaptando dimensiones más centralmente económicas. Las batallas se hacen por mejores salarios, menos horas de trabajo; la integración se consigue con la sumisión en el trabajo, no con el consenso. El esfuerzo sindical se centra en obtener para sus miembros una existencia privilegiada fuera del lugar del trabajo. La fuerza de trabajo se convierte en sujeto social, haciéndose interlocutora del capital. Se va construyendo el espacio social como espacio de conquista de derechos y de negociación. Una negociación, como hemos visto, que no cuestiona el capital y que acepta lo que haga falta para que éste se reproduzca y perpetúe.

En este espacio social se consolida la *división Internacional del trabajo* a través de la relación jerárquica entre centros y periferias. Las sociedades centrales buscan dar salida al excedente productivo y elevar la tasa media de ganancia mediante su expansión territorial, con una mayor explotación de la fuerza de trabajo colonial, causando la acentuación de las relaciones de intercambio desigual.

Cuarta fase neocolonial o 2ª etapa de Capitalismo Monopolista de Estado- en su modalidad keynesiana- (desde la Segunda Posguerra Mundial hasta años los 70 del siglo XX).

Los fascismos son derrotados y las democracias van ocupando su lugar. Siempre a favor de la versión del Capital y, consecuentemente, una versión democrática de la esfera en la circulación acorde con las relaciones sociales de producción. La hegemonía de Estados Unidos se afianzó en este período y se convirtió en protagonista principal de la proyección del poder burgués en todo el planeta, mediante los acuerdos de Bretton Woods, donde se estableció un marco institucional para el comercio y el desarrollo económico, que se vio acompañado por un sin fin de instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Pagos (BIS) de Basilea, y la formación de organizaciones como el GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio) y la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), destinadas a coordinar el crecimiento económico entre los países capitalistas avanzados y llevar el desarrollo económico capitalista al resto del mundo. Pero Estados Unidos debía seguir una estrategia interna: primero tuvo que mantener estable el orden social dentro de su territorio y, segundo, promover una expansión continua de la acumulación de capital y el consumo doméstico para asegurar la paz, la prosperidad en su territorio. Aunque para ello tuvo que desestabilizar y destruir gobiernos democráticamente elegidos.

En todo el mundo capitalista se produjo un gran crecimiento; la acumulación de capital cobró notable velocidad mediante la “reproducción ampliada”. Los beneficios se reinvertían en el crecimiento, así como en nuevas tecnologías, capital fijo y grandes mejoras infraestructurales. En este período se mantuvieron los controles sobre los flujos del capital, sobre todo en Europa, lo que concedía a los Estados un margen de maniobra en cuanto a su política presupuestaria y monetaria. La especulación financiera se mantuvo relativamente

restringida y confinada territorialmente. Esta democratización del Estado tiene un carácter menos acusado de clase y se muestra “más social”, en tanto se define públicamente como el resultado de una negociación, de un consenso, de un pacto interclasista (otra cosa es que realmente lo sea, hasta qué punto y a qué intereses obedece la aplicación keynesiana). La concepción keynesiana del gasto público se correspondía con la dinámica de lucha de clases existente en cada Estado-nación y se orientaba hacia los problemas de redistribución de la renta.

La división nacional del trabajo entra en la fase de neocolonización. Esto significa la penetración y la dominación económica, financiera y comercial en todas las esferas.

Los países centrales (exmetrópolis o nuevos centros de acumulación de capital) ejercen un dominio de las estructuras políticas e instituyen una subordinación cultural o pérdida de la capacidad de autoreproducción cultural de las nuevas sociedades independientes, sin necesidad de que se dé el domino militar directo.

El sistema condiciona las dinámicas de las migraciones; tras la Segunda Guerra mundial, con la ola de independencias formales de las antiguas colonias, tiene lugar su incorporación al mercado internacional capitalista caracterizado entonces por la aceleración de las dinámicas de concentración y centralización del capital en las sociedades centrales.

Hasta finales de la década de los sesenta el problema de la sobreacumulación del capital se contuvo mediante una combinación de ajustes y soluciones espacio-temporales tanto dentro como fuera de Estados Unidos. Esta etapa estuvo marcada por una serie de constricciones que implicaron una reestructuración que ha llegado hasta nuestros días. La primera de ellas fue la desaprobación formal del racismo a escala internacional, dado que el creciente universalismo de los derechos humanos chocaba con la práctica racial interna estadounidense. La lucha por los derechos civiles encabezada por los negros en la década de los sesenta pone en jaque al Estado americano; la solución, según Wacquant (2013), fue lanzar una experiencia social y política sin precedentes: los grandes guetos de la metrópolis fueron substituidos por las prisiones. El gueto extraía la fuerza de trabajo negra y al mismo tiempo mantenía a éstos bien alejados de la sociedad blanca. El gueto funciona como una prisión social mientras que la prisión funciona como un gueto jurídico. La misión de las dos es controlar una población estigmatizada y, así, neutralizar la amenaza material y simbólica que esta población plantea. El gueto es un dispositivo socio-espacial que permite a un grupo dominante dentro de un marco urbano explotar un grupo dominado portador de un capital simbólico negativo; una propiedad corporal percibida como degradante y con la que es mejor no mantener contacto. El gueto es una relación etnoracial de control y encierro compuesta de cuatro elementos; estigma, coacción, encierro territorial y separación institucional. Su confluencia da la formación de un espacio diferenciado donde hay una población étnicamente homogénea que se ve obligada a desarrollar en el interior un conjunto de instituciones que son un doble marco organizativo de la sociedad que le rodea, prohibida por este grupo y que al mismo tiempo constituye la armadura necesaria para construir un estilo de vida propio. No obstante, por un lado esta trama institucional permite al grupo dominado cierto grado de protección, autonomía y dignidad, pero, por otro, lo encierra en una relación estructural de subordinación y de dependencia. La prisión consta de los mismos elementos que el gueto y tanto el gueto como la prisión son dos estructuras de autoridad de la legitimidad dudosa y problemática. Mientras los muros del gueto amenazan en hundirse las prisiones se van extendiendo y reforzando.

En 1970 los problemas se habían multiplicado. Se presentó el problema de todos los regímenes imperiales: el exceso. El resultado fue la crisis presupuestaria del Estado desarrollista vigente en Estados Unidos, que se intentó contrarrestar con la emisión de más dólares dando lugar a presiones inflacionistas a escala mundial que generaron una explosión del capital “ficticio” en circulación sin ninguna perspectiva de realización, una oleada de quiebras, presiones inflacionistas incontenibles junto con el colapso de los acuerdos internacionales que habían servido de base al imperialismo estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial. Además, el poder sindical de los trabajadores organizados elevó el gasto social y los costes salariales, recortando los beneficios, lo que dio lugar a la estanflación. Las oportunidades de beneficio desaparecieron y apareció una crisis de sobreacumulación. El endeudamiento de muchos gobiernos por culpa de grandes inversiones en infraestructuras materiales y sociales produjo una crisis presupuestaria del Estado.

La crisis económica del capitalismo de los años setenta y ochenta desencadena un proceso de cambios y conflictos en torno a la articulación y hegemonía de la estructura social de la acumulación del capitalismo regulado que transforma las relaciones básicas que lo configuran. El paradigma predominante de las teorías estructurales y economicistas sobre el trabajo entra en crisis. Esta transformación no sólo implica a los sujetos encarnados en las relaciones de trabajo, sino también las formas de organización de la convivencia social y sus instancias de representación (Estado, partidos políticos, sindicatos).

Capitalismo Monopolista Transnacional o Capitalismo global. La entrada en crisis del cuarto modelo de acumulación conduce a un periodo de transición que da paso al capitalismo monopolista transnacional o capitalismo global, que busca garantizar el relanzamiento de la acumulación y el incremento de la tasa de ganancia capitalistas y conlleva al mismo tiempo unas repercusiones socioeconómicas y comienzan a modificar algunos de sus términos. En primer lugar, el capital financiero se mostró cada vez más volátil y depredador. Se produjeron varios brotes de devaluación y destrucción de capital (la mayoría de ellos como consecuencia de los programas de ajuste estructural del FMI), como antídoto frente a la incapacidad para hacer funcionar fluidamente la acumulación de capital mediante la reproducción ampliada. Esta crisis también originó una huida hacia el dólar, confirmando el dominio de Wall Street y generando un sorprendente *boom* de las cotizaciones bursátiles y del valor de los activos en Estados Unidos.

La crisis también se aprovechó para disciplinar al movimiento obrero y se desencadenó un ataque frontal contra el poder de los trabajadores. Una de las primeras iniciativas de Reagan fue dismantelar frontalmente el poder colectivo de los controladores del tráfico aéreo (PATCO) y alertar a los trabajadores o sindicatos del peligro de la huelga. Margaret Thatcher no se quedó corta con sus ataques a las industrias y a los sindicatos. Las nuevas leyes de Thatcher permitieron a los empresarios despedir a los huelguistas, redujeron la indemnización por despido, revocaron protecciones que impedían a los tribunales confiscar fondos sindicales e hicieron pagar a los sindicatos enormes multas.

Los ataques de Thatcher a los sindicatos y a la industria asestaron a un duro golpe a la vieja clase obrera industrial. Los trabajos bien pagados, seguros y cualificados de los que la gente estaba orgullosa, que habían sido el eje de la identidad de la clase obrera fueron erradicados. Todas las cosas que la gente asociaba a la clase trabajadora fueron desapareciendo. (Jones, 2012, 73)

El programa de cierre de minas condenó a los mineros al olvido, desatando huelgas por todo el país. Tras una lucha titánica el panorama fue devastador: comunidades enteras devastadas, gente en paro con ninguna perspectiva de futuro ya que los empleos habían

desaparecido. Pero sobre todo con una lección aprendida para los sindicatos: si podían acabar con los mineros lo podían hacer con cualquiera. La década de finales de los setenta y durante los ochenta estuvo marcada por una oleada de conflictividad obrera que recorrió el mundo capitalista avanzado (sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos), una acción defensiva con la intención de preservar las condiciones y beneficios obtenidos en lugar de buscar cambios profundos. La lucha defensiva fracasó causando la pérdida de poder de los trabajadores y la continua degradación relativa de las condiciones de vida de la obrera y su contrapartida,

(...) la formación de un proletariado enorme, amorfo y desorganizado en muchos de los países en vías de desarrollo, que ejerció por doquier una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo. A la incorporación de esos trabajadores con bajos salarios, fácilmente explotados, se sumó la creciente facilidad de la movilidad geográfica disfrutada por las actividades productivas, que abrió nuevas oportunidades para el empleo rentable del capital excedente a escala mundial. Pero en los países capitalistas avanzados creció el desempleo, y las tasas salariales y la militancia obrera se mantuvieron bajo control. (Harvey, 2007, 63)

El Proyecto de Ley de la Vivienda dejó entrever el objetivo de Thatcher de que la gente se sintiera responsable de sus éxitos y fracasos. La ley permitió que los inquilinos de viviendas protegidas pudiesen comprar sus casas a precios reducidos. El Gobierno promovió la propiedad de la vivienda. Aunque el hecho de estar hipotecado no implica pertenecer a la clase media. La nueva cultura del thatcherismo implicaba que el éxito se medía por lo que uno poseía. Pero la vivienda no era la única herramienta para promover la responsabilidad individual; la glorificación de la riqueza aportó su grano de arena: la premisa era que la gente era rica gracias al esfuerzo y al talento. Para Thatcher la pobreza no existía: si la gente era pobre se debía a sus defectos. Siguiendo la línea de pensamiento, las prestaciones por desempleo se rebajaron y ya no subieron con los ingresos de la gente.

El thatcherismo con su asalto a la clase trabajadora consiguió una nueva situación; valores, instituciones, industrias y comunidades de clase habían cambiado completamente; la clase ya no era vista ni se veía como antes. Ahora se animaba a ascender socialmente y a definirse por cuanto poseían. Los pobres o desempleados solo podían culparse a sí mismos, ya que tan solo ellos eran responsables de sus actos. Ser de clase obrera ya no era algo para enorgullecerse, los viejos valores de solidaridad fueron sustituidos por un feroz individualismo. Las comunidades de clase obrera empezaron a ser despreciadas, se las consideraba despojos. Según, Jones (2012) el legado del thatcherismo es la demonización de todo lo relacionado con la clase trabajadora. El objeto de la demonización de la clase obrera era estigmatizar todo aquello que perteneciese a la clase obrera pero, sobre todo, enterrar el concepto mismo de clase e introducir el paretiano y mosquista concepto de clase completamente ajeno a la categoría social de clase y como se viene utilizando en la descripción y definición del modo capitalista. Thatcher no quería eliminar la lucha de clases sino que la gente dejase de pensarse en términos de clase: la existencia de clases no es una amenaza pero sí el sentimiento de clase.

Todo ello era un obstáculo para su plan, la aplicación de políticas neoliberales, y fue esa la línea que siguió la política americana. El ascenso del neoliberalismo implica la sumisión al mercado libre y la responsabilidad individual. El programa neoliberal de política económica implica contraer el ámbito de acción del Estado, un Estado neodarwinista que idolatra la competencia y celebra la responsabilidad individual y su contrapartida, la irresponsabilidad colectiva y política. Se recompensa a los ganadores y se castiga a los perdedores.

El Estado se transformó y apareció el endurecimiento generalizado con una política cada vez más activa e intrusista para subordinar las fracciones de la clase obrera y disciplinar al nuevo asalariado fragmentado. Todo ello con el discurso de la seguridad en la mano, que penetró en las familias gracias a la mezcla de muchos ingredientes, como el miedo al futuro, la hipermovilidad del capital, los flujos migratorios: el trabajo desocializado alimentando la ansiedad. Las nuevas políticas de seguridad se aprovecharon de la confusión constante entre seguridad y “sensación de inseguridad”, ideales para canalizar hacia la figura del delincuente de la calle (con la piel morena): una canonización del “derecho de seguridad” correlativa al abandono del “derecho al trabajo”.

La nueva política de criminalización de la miseria consiste en transformar, por un lado, los servicios sociales en instrumento de vigilancia y de control (el beneficiario tiene que aceptar cualquier trabajo sean cuales sean las condiciones sino pierde el derecho de la asistencia) y, por el otro, utilizar el recurso masivo del encarcelamiento para contener a los pobres. El pretexto que utilizaron para poder materializar su objetivo fue la “Guerra contra la Droga”. El encarcelamiento no sólo sirve para preservar la frontera social y simbólica infranqueable entre blancos y negros surgida desde la esclavitud, y perpetuada después del sistema segregacionista del Sur y más tarde por el gueto de la metrópolis; además, es una industria muy rentable. La política norte-americana de la penalización sistemática ha creado el crecimiento del sector de las prisiones privadas.

La nueva ley de “responsabilidad individual y trabajo” (1997) llevó consigo un gran número de recortes apelando que la asistencia social era demasiado generosa y fomenta una cultura de dependencia.

Como vemos, el capital financiero ejerció cierta capacidad disciplinaria tanto en el movimiento obrero como sobre la intervención del Estado gracias, sobre todo, a una serie de innovaciones tecnológicas y organizativas que permitieron a la actividad industrial una movilidad y flexibilidad. La iniciativa política de los gobiernos para crear un entorno favorable para las empresas y cubrir algunos de los costes fijos de reubicación, promovió la movilidad geográfica del capital industrial. Se facilitó la producción exterior y así el capital aprovechó para inversiones rentables. Una oleada tras otra de desindustrialización golpearon un sector tras otro. Estados Unidos contribuyó a socavar su dominio en el sector industrial al desencadenar los poderes del sector financiero en todo el planeta, si bien obtuvo a cambio un flujo de mercancías cada vez más baratas procedentes de todas partes para alimentar el consumismo sin límites de su población. La dependencia estadounidense con respecto al comercio exterior iba creciendo y la necesidad de establecer y proteger relaciones comerciales asimétricas pasó a primer plano como objetivo clave del poder político.

La economía estadounidense se estaba convirtiendo en una economía rentista en relación con el resto del mundo y una economía de servicios en el propio país. No obstante aflucía suficiente riqueza para mantener el elevado nivel de consumo que siempre había sido la base de la paz social.

La crisis de la deuda en varios países sirvió para reorganizar las relaciones sociales de producción en cada país donde tenía lugar, favoreciendo una mayor penetración de capital extranjero. Los bajos beneficios obtenidos en las regiones del centro podían compensarse así con mayores beneficios en el exterior. La “acumulación por desposesión” (Harvey), un rasgo decisivo del capitalismo global, se puso en marcha por todo el globo (siendo la privatización uno de los elementos claves).

La deslocalización de la producción manufacturera a las zonas de nueva industrialización y la especialización de los centros de la tecnología informacional y los servicios, vinculan de manera creciente la expansión de los centros al crecimiento financiero. En la economía financiera crecen las pirámides especulativas mientras, en la economía real aumenta la dependencia a la deuda. Por eso mismo fue capaz de expandirse y facilitar el consumo de masas, gracias a la reducción continua del precio de mercancías, procedentes de las nuevas zonas industrializadas y a la expansión de crédito. Un sistema basado en la proliferación del crédito y la expansión de los mercados de valores supone un nuevo vínculo en relación de dependencia por deudas. El capital se transnacionaliza y financiariza.

Pero después llegó el pinchazo de la burbuja actual. La pirámide especulativa de valor de los títulos del conjunto financiero es tratada como el reflejo de la economía global. La crisis de las hipotecas subprime deviene en una supercrisis financiera. La crisis se manifestó en el 2007 en el sector inmobiliario en Estados Unidos, y se trasladó a Europa Occidental y Japón. La amenaza de la devaluación masiva de capital seguía al acecho en el horizonte, y con la caída de cotizaciones pareció que esa amenaza se había empezado a materializar, la enorme riqueza financiera virtual generada no tenía capacidad de transformar el valor nominal de los activos financieros en dinero.

Muchos autores defienden que la crisis del capitalismo actual podría ser llamada la crisis del trabajo. La fortaleza del capitalismo, pese a tropiezos incidentales, reposa en su alta capacidad para trasladar a los trabajadores el peso de la crisis. Como hemos visto, la crisis actual representa una fase de la lucha de clases en la que a los trabajadores les ha tocado la peor parte; justamente porque la presente no es una crisis terminal, sino un largo y particularmente violento periodo de reajuste del dominio capitalista. Desde que el modelo neoliberal se impuso al regulacionismo y al Estado de Bienestar, se fomenta más abiertamente el individualismo, la atomización y la competencia salvaje; el concepto mismo de trabajador se va diluyendo siendo sustituido por el de emprendedor o autónomo: el individuo y su acción son las únicas explicaciones del que hacer social. Desde mediados de los setenta, la mayor parte de las políticas propugnadas han trabajado en esta dirección, imponiendo políticas de ajuste, reformas laborales de todo tipo (para perseguir la flexibilidad laboral), privilegios para los ricos (en forma de reformas fiscales e incentivos varios), privatizaciones, desregulaciones. Con la creciente oleada de paro millones de personas se ven afectadas: ven como no pueden obtener renta monetaria y tienen dificultad para encontrar una situación de recambio. La responsabilidad de tal situación recae precisamente en el trabajador y se reafirma la idea de que cada uno es el responsable de sus problemas. Las ideas laborales van siempre enfocadas en la misma dirección convertir a la población asalariada en mano de obra más barata, más adaptable a la voluntad de sus patronos.

En el capitalismo global triunfante, basado en una organización postfordista de la producción y de la creciente precariedad en la fuerza de trabajo des-localizada, aunque sin cronómetro, el tiempo se convierte en una herramienta más de control y vigilancia que ayuda a la nueva organización del trabajo. La diferencia con la fase preferente, es que el control es interiorizado mediante el nuevo lenguaje del capitalismo; por tanto, la alienación es total. El trabajador ya no sufre sólo la responsabilidad de tener o no tener trabajo, sino de la existencia de ese puesto de trabajo en sí. El tiempo en el capitalismo global sigue siendo una herramienta de control, pero el nuevo lenguaje le da una significación diferente, aunque en la realidad sigue siendo una forma de organización social del trabajo. El tiempo del cronómetro se convierte ahora en tiempo flexible y el trabajador sufre las consecuencias que no son otras que la inestabilidad y la fragmentación. El tiempo flexible implica disponibilidad constante para

pasar de un empleo a otro y, en consecuencia, el trabajador no puede organizar su vida a largo plazo. El capitalismo global va allá donde puede tener una mano de obra barata desplazando los lugares de trabajo. Es más, la nueva flexibilidad implica el desarrollo de nuevas habilidades constantes, la nueva economía global rompe con el ideal artesano; la habilidad del aprendizaje de una cosa bien hecha carece de sentido socializador. La nueva cultura del trabajo se centra en la idea de la meritocracia pero solo aparentemente.

La alienación del trabajador no implica una pérdida total del lenguaje de oficio. Analicemos un ejemplo: la sanidad funciona con la organización del trabajo fordista, cada trabajador realiza una tarea, cada médico mide el tiempo que le dedica a un paciente, con un sistema médico que no se basa en la totalidad del cuerpo sino en las partes funcionales del ser humano. La *división del trabajo* al extremo. En estas condiciones era de esperar que muchos trabajadores quisieran cambiar de trabajo, pero Richard Sennett (2009) demuestra que no es así: el trabajador-médico-artesano, tenía la sensación de hacer un buen trabajo aunque las condiciones fueron penosas y precarias. La nueva contradicción radica en una aparente paradoja: el lenguaje de oficio no se pierde pero constituye ahora una parte fundamental de la alienación del trabajo. El ejemplo nos sirve para ilustrar una de tantas contradicciones del capitalismo global: aunque su lenguaje sea el de la flexibilidad, más de 2/3 de los trabajos modernos son repetitivos, inscritos en el ciclo del fordismo. El uso de los ordenadores implica, para la mayoría, trabajos rutinarios como la recogida de datos. Las prácticas de la flexibilidad comportan fundamentalmente despropiación y explotación: por tanto, si por un lado tenemos el concepto de flexibilidad que es traducido como una especie de libertad para moldear nuestras vidas, por el otro, lo que sucede es que no obliga a aceptar la flexibilidad en el trabajo, una flexibilidad más bien otorgada al empresario para contratar y despedir, con Reformas Laborales que lo legitiman.

Con el lema “nada a largo plazo”, aparece la nueva organización del trabajo. El nuevo mercado de trabajo ofrece un panorama compuesto de breves períodos de trabajo; no es ya una carrera sostenida. El trabajo parcial es la nueva oferta. Muchos de estos empleos tienen horarios específicos como es el caso de las mujeres de limpieza que trabajan a primera hora de la mañana o últimas de la tarde para no interferir en la actividad de los espacios que limpian, o genera cambios constantes del horario laboral que impiden organizar la vida cotidiana de la gente. A menudo, los empleos a tiempo parcial también son un mecanismo para eludir leyes laborales. Frente a este panorama, el trabajador tendrá que adquirir habilidades inimaginables al largo de su vida. Todo ello conseguido con el nuevo lenguaje del capitalismo y la demonización de la clase obrera.

El trabajo ha sufrido cambios, las nuevas condiciones de la organización del trabajo, alienan y precarizan. Pero hemos de detenernos en la percepción que tenemos de éste.

En la era del capitalismo global el trabajo no aparece como nexo entre la sociedad y el individuo en el proceso de socialización, en el sentido positivo de autorrealización, pero no desaparece como centro de definición del ser social, como una característica de lo humano. La globalización nubla el trabajo como factor de producción y deshace los modos de producción locales no capitalistas; con la economía global aparece un nuevo tipo de actividad económica y por eso, el trabajo adquiere otra forma, el desempleo mantiene una fuerte y constante presión sobre las condiciones del trabajo.

Es cierto que hay una reestructuración global del Sistema y una transformación en el concepto de trabajo;

donde antes había historias particulares, procesos vitales de conocimiento y aprendizaje, lealtad y

mimo en el traspaso generacional y vinculación al espacio, encontramos descalificación, ruptura con los principios técnicos que rigen la labor creadora, aglomeración, nueva racionalidad productiva. Y en el centro de esa idea de razón, el trabajo: una actividad que no se restringe a la producción ni en el ámbito ni en el tiempo, sino que se instaura como principio explicativo del hombre moderno. La separación, creciente además, entre la propiedad de los medios y la detentación (más que propiedad en sí) de la fuerza de trabajo se instituye en la obligación ineludible para los más de hacerse y ser en torno al trabajo. Pero también será ese mismo proceso de socialización el que, mediante la generación de la conciencia de clase y de la autodisciplina, ayudará a gestar el nacimiento de la libertad individual y, por tanto, de la realización humana. (Miquel, 2002, 159).

Desde la perspectiva de la sociedad de consumo el individuo es un optimizador, y su finalidad, como tal es consumir. Este individuo ya no está determinado por la estructura social, sino por la información y el control de flujos, incluso de símbolos. Entonces, podemos decir que el ser humano se define en relación al consumo. Esta afirmación se puede aceptar como forma adjetiva, no como forma substantiva, ya que la pérdida absoluta del control técnico del trabajador fomenta la alienación en todos los aspectos, en los conocimientos técnicos del proceso, de la organización, del producto y de la propia dimensión social. En tanto que la ley del valor, las relaciones de producción y la racionalidad capitalistas han completado su dominio global. En las sociedades actuales, el trabajo ocupa un espacio central en su constitución, desarrollo y reproducción. De hecho, según Miquel (2002) la importancia de lo económico y de la razón instrumental convierte el trabajo en la relación social por excelencia. Es más, las decisiones productivas, siguen centrándose y cerrándose sobre control del control. En la práctica se trata de una segmentación y separación de las fases del trabajo. La organización se diversifica y se adapta, el control no sólo se mantiene en el mismo punto, directamente o mediante delegación, sino que tiende a convertirse en autocontrol. Las empresas transnacionales permanecen conectadas a los Estados y ligadas a sus políticas y a sus ejércitos y, sin ningún género de duda, a sus intereses. La producción de mercancía material, no obstante, sigue existiendo y creciendo. De igual manera crecen los mercados de trabajo, su división y los distintos aspectos de todo el proceso productivo.

Pero, con todo ello, nos surge una aparente paradoja: el trabajo es una actividad esencial a la que todos tienen que tener acceso; el no trabajo es negativo en sí mismo. Es más: mediante esta premisa se articula la división en la clase,

la división actualmente existente entre los que participan directamente en la actividad productiva y quienes no lo hacen se instituye en una estructuración social que trasciende la organización en clases sociales. El problema no sólo radica entre quienes participan del “bien” trabajo y los que permanecen excluidos, sino incluso quienes tienen un empleo y aquellas personas que no” (Miquel, 2002, 185).

En este contexto, aparece una clara percepción generalizada: el trabajo es un bien escaso. Ya no consiste en un medio, ni en un mero factor de producción, ni siquiera en el resultado de la aplicación de la fuerza de trabajo a cuya venta el empresario – y su consecuente alienación– se ve obligada la mayoría de la población; *sino es un bien en sí mismo*.

El trabajo no solo es importante por la actividad productiva sino también por la función reproductora de las relaciones sociales. El trabajo es socializador, las normas y las pautas se aceptan y aprenden mediante el trabajo: a través del trabajo se forman las identidades. Al fin y al cabo no deja de ser, como todo lo humano, también una producción ideada.

El trabajo, por tanto, es también simbólico; la significación que recibe dentro de cada cultura es diferente. En las sociedades no industrializadas las relaciones sociales no son pura y explícitamente económicas, el trabajo es diferente al de las sociedades industrializadas, en donde tiene vinculación con las ideas de ciudadanía y clase social. Es más, en las sociedades industrializadas el trabajo adquiere una dimensión individual y, por eso, descontextualizada, ausente de significado. Es decir, el trabajo tiene dos dimensiones; es una actividad social pero la capacidad del trabajo es individual. Hoy en día el trabajo está definido de forma generalizada bajo la teoría del capital humano y la responsabilidad individual. El “capital humano” ha sustituido a la “mano de obra”.

Esto no implica unas relaciones sociales armoniosas, sino generadoras de conflictos. Un hecho claro es que aunque las clases no estén definidas o estructuradas como antes, siempre hay una clase asalariada, -potencial o efectiva- o “baja”, a la cual pretenden eliminar el definidor en base a las posiciones en las relaciones sociales de producción, substituyendola por un sentido de estatus y que sufre las consecuencias de esta distribución desigual y asimétrica.

Bibliografía

Gramsci, Antonio (1979): *Cuadernos políticos*, número 21, editorial Era, México.

Harvey, David (2007): *El nuevo Imperialismo*, Akal, Madrid.

Jones, Owen (2012): *Chavs la demonización de la clase obrera*, Capitán Swing, Madrid.

Miquel Novajra, Alexandre (2002): La cultura del treball, *Sobre la Democracia Económica*, Lacalle, El Viejo Topo, España.

Piqueras Infante, Andrés (2007): *Capital, migraciones e identidades*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana.

Sennet, Richard (2009): *El Artesano*, Anagrama, Barcelona.

Wacquant, Loïc (2013): *Los Condenados de la Ciudad*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Wallerstein, Inmanuel (1991): “Universalismo, racismo y sexismo, tensiones ideológicas del capitalismo”, en E. Balibar e I. Wallerstein, *Raza, nación y clase*, IEPALA, Madrid.

Wieviorka, Michel. (2009): *El Racismo: una introducción*, Gedisa, Barcelona.

